

# Del saber y sus especializaciones

El saber, la experiencia, la cultura, que se van acumulando (incluso en su inoperancia), necesitan por exceso de complejidad métodos de clasificación y delimitación especializados. Y hasta ahora el lenguaje escrito y el libro, en tanto que no improvisaciones fiadas a la titubeante oralidad, siguen siendo los vehículos más capacitados para reflejar el esfuerzo y los recursos del conocimiento humano, esa sin duda gigantesca aventura de la racionalidad (y obsérvese que también se necesita de la racionalidad para dar cuenta de fenómenos considerados no racionales).

La necesidad de asumir individualmente el mayor conocimiento posible nos enfrenta como lectores a un cúmulo bibliográfico redactado en diversos idiomas. Aun eliminando con ánimo de (pretendido) rigor todo aquello que se considere accesorio, superfluo y repetido, el resto sigue siendo inconmensurable, lo cual determina reglas de concreción y síntesis. Compartimentamos el conocimiento en infinidad de disciplinas, que a su vez se subdividen y quintaesencian hasta producir el no por familiar menos importante suceso del diccionario enciclopédico. Éste se plantea el problema del saber en términos neutrales, inmanentes y despersonalizados, por no decir objetivos. Si le otorgamos todo su gran valor a la capacidad de síntesis, encomendada esta vez a las llamadas ciencias sociales en su sentido más amplio, y la diferenciamos del diccionario enciclopédico al uso gracias a un talante crítico, selectivo y con frecuencia valorativo, nos estamos entonces aproximando a la faceta más relevante de la monumental obra que motiva esta referencia: *Terminología científico-social*.<sup>1</sup>

La seducción inmediata es el convencimiento de que los muy abundantes autores implicados conocen a fondo la disciplina que se les encomienda. Así diseñan con soltura la trama más apta y evolucionada. No en vano la inmensa mayoría de estos autores procede de la docencia académica (destaca como principal cantera la Universidad Complutense de Madrid) y apenas hace falta decir que andan metidos profesionalmente y de por vida en esa harina cultural, sin perjuicio de que también intervengan en muchísima menor proporción otros filósofos, escritores y sociólogos sin cátedra reseñable.

En el marco amplio de la lingüística, el psicoanálisis, la política, la economía, la ecología, la filosofía —y desechado el abismo de la exhaustividad—, la planificación a grandes trazos de la *Terminología científico-social* (en otro sitio anoté que es un título «pobre» pero exacto) resulta sencilla: se trata de detectar las cuestiones esenciales y encomendarlas a un tratadista idóneo. Por tanto, la primera dificultad surge en la selección de las cuestiones esenciales (o de significación privilegiada en cuanto a trascen-

<sup>1</sup> *Terminología científico-social. Aproximación crítica. Director Román Reyes. Intervienen 202 autores con unos 370 artículos. Ed. Anthropos, Barcelona, 1988, 1.051 pp., 5.400 pesetas.*

dencia, actualidad, persistencia), y para ello se ha contado con un consejo asesor de diecinueve personas representativas, entre otros aspectos, de relaciones internacionales, ciencias de la Administración, latinoamericanismo, antropología, filosofía de la ciencia. Aquí es donde pueden producirse la disensión de criterio, el olvido, la tautología, y de hecho se producen, inevitablemente. Pero conviene advertir que aunque yo haga algunas observaciones en este sentido o en otros (mayor o menor extensión de los artículos, deficiencia en los recursos de consulta brindados al lector), nunca querré ni siquiera insinuar que la *Terminología...* no cumple la función primordial y elevada de aportar elementos aptos incluso para poder establecer una «concepción del mundo», y así habría titulado de buena gana este comentario si no faltara aún algo que se me presenta repentinamente imprescindible y básico y que, por cierto, está previsto en la edición próxima de un anunciado anexo que ampliará y completará el programa, y este algo es una «Aproximación interdisciplinaria», con todo lo que ello habrá de comportar (ya sabemos que nuestra sociedad cultural se caracteriza por el debate especializado, pero hay que reconocer que en estos muy apreciables trabajos de síntesis parcelaria son pocos los que se animan a manejar el debate de los debates o la síntesis de las síntesis).

Puesto que la *Terminología científico-social* crítica es fundamentalmente compilación de consulta y estudio que admite con dificultad una lectura regular y continuada a tenor del mismo orden alfabético en que se presentan los materiales, su organización requiere breves palabras. Incluye, por una parte, relación general de artículos y, por otra, relación de autores con sus respectivos trabajos, pero en ningún caso remite a la paginación correspondiente. La incomodidad del sistema no la suple el orden alfabético. Carece además de índice onomástico totalizador, tanto de autores de artículos como de autores citados, y no se puede soslayar que los autores citados son el alma de esta obra, evidentemente nutrida más de pensamiento ajeno que de originalidad creadora y a la cual, por cierto, no se la puede acusar de xenófoba. Si el lector, con independencia de la omnipresencia de Hegel, Weber, Marx, Freud, quiere seguir a Thom, Watzlawick, Prigogine, Khum, Luhmann, no tiene otro remedio que repasar con detalle las mil y pico de páginas, un absurdo, aparte de que el índice onomástico en un libro de esta naturaleza ya es de por sí la mejor pauta crítica y de diagnosis, determinar a simple vista cuáles fuentes se usan y quiénes son los autores que están condicionando nuestras nociones de análisis y asimilación. Abundando en la misma coordenada, unos autores de artículos facilitan bibliografía y otros no. Hubiera sido de desear mayor sistematización. Empeños de esta categoría lo merecen.

Al no tratarse de diccionario ni manual al uso, el énfasis hay que depositarlo en la intención crítica. Nada mejor que buscar en el propio articulado el alcance de la palabra, que no viene como «Crítica» o «Aproximación crítica», sino como «Conciencia crítica» (Carlos Díaz, p. 161), brillante e «inacadémico» breve ensayo que acaso haya sido escrito precisamente sin la conciencia de que acabaría asumiendo una cierta responsabilidad «editorialista», al menos en la asociación que nosotros hacemos, acaso dotada de involuntaria falacia (la misma responsabilidad que adquirirá en su momento el todavía ignorado autor de «Aproximación interdisciplinaria»).

Hablar del inacademicismo de Díaz, escalafonado numerario por oposición, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Complutense, no es estrambótico, pues

otra de las materias superestructurales, la voz «Académico» con la que se inicia el libro, también le ha tocado a él, que nunca se ha sentido académico y piensa que el académico «es la criatura más quintaesenciada de la *conciencia servil*» y que «la asunción de la conciencia desventurada es, en resumen, la única tarta de la abuelita que puede regalársele», todo lo cual puede venir a querer decir, extrapolando, que estamos frente a un libro académico, hecho por académicos, pero que renuncia al academicismo y, sin embargo, no puede dejar de actuar desde la vertiente académica. Díaz ilustra en su personalista rebeldía la contradicción, mientras yo mismo, por ejemplo, que no he tenido ocasión de gastar el linóleo de las aulas, soy nostálgico de la profesionalidad racionalizada y sistematizada de quienes oficialmente manejan el saber a título cotidiano, aunque en la práctica sufran la crisis de los esquemas ideales. La referencia de lo académico la remata más ortodoxamente Román Reyes, quien también le otorgaría al discurso (académico) conciencia crítica puntual en caso de que pudiera asimilar oportunamente las transformaciones del discurso vulgar y serle de utilidad al discurso bisagra (el político).

«Conciencia crítica» parece expresión tautológica, «dado que la conciencia es siempre la realidad que critica en el sentido más etimológico del término: la realidad que [...] discierne» (Díaz) y se guarda del hipercriticismo inmaduro producto del resentimiento, pero el verdadero crítico ingresa en la soledad del corredor de fondo. La modestia es el patrimonio mínimo e imprescindible de la sana inteligencia crítica, opina Díaz. En efecto, puede afirmarse que la *Terminología...*, en cuanto a presentación y propósitos, guarda el precepto de la modestia. «Esto no es más que una invitación —tal vez provocación— al diálogo, lo más generalizado posible, a propósito de ciertas tesis que, mucho antes que excluyentes, consideramos complementarias a partir del registro crítico que de ellas nuestros lectores hagan» (Reyes). Se puede aceptar la modestia como un curarse en salud, pero ya es más difícil que el registro crítico de los lectores complementen las tesis; es obra de mucha enjundia y complejidad para que finalmente dependa eso de un lector, y de aquí la importancia que antes hemos concedido a la futura «Aproximación interdisciplinaria» y la necesidad de asumir el debate de los debates. La corresponsabilidad lectora no pasa de ser una ilusión. Tantas opciones, planteamientos, puntos de vista, autores, temperamentos y énfasis particulares no tienen por menos que diluir la condensación estructural. Tan complicado es particularizar como hallar un común denominador. Y es fácil confundirse respecto a la jerarquía de la problematización de cada materia porque la extensión difiere y no siempre la diferencia es de base sustancial, por lo que nos encontramos ocho páginas y pico para «Conductismo» y una para «Conciencia crítica». Imposible desde luego medir todos los artículos por el mismo rasero, pero está claro que la mayor o menor extensión de palabras no ha dependido de juicios supra o infravalorativos sustanciales, sino de las ganas de trabajar de cada autor, como se advierte en «Encarcelamiento» (insuficiente) y en «Encuesta» (excesivo).

Las mónadas del conocimiento producen vértigo y deseos de totalidad, esa «Concepción del mundo» que decíamos al principio, aquí vista desde la biología (Joaquín Fernández), pero que en realidad se cuele por todos los resquicios epistemológicos y muestran identidades y coherencias difíciles de fragmentar, como civilización-cultura-progreso-ciencia-técnica. En la descripción de «Complejidad» intervienen la teoría general de siste-

mas y la teoría de las catástrofes, que reciben tratamiento también en otro sitio. Hay cuestiones esenciales y cohorte de palabras complementarias. Darle igual tratamiento a lo esencial que a la cohorte, y de hecho así ocurre por exigencias estructurales, puede revertir en confusión precisamente epistemológica.

Según anotamos, la gran mayoría de los autores abreva en el pensamiento extranjero y esto, más que papanatismo (con excepciones como fuentes inspiradoras de Manuel Sacristán, Gustavo Bueno, etc.), puede querer decir que la olla de tal pensamiento se cuece verdaderamente fuera. En el artículo «Masa», por ejemplo, no hay alusión a Ortega, mientras nos consta que en el pensamiento extranjero sí se maneja a Ortega en relación al concepto masa. Hay, sin embargo, deliberada atención al americanismo de raíz latina, centrada en lo autóctono, y la reflexión histórica y política es de interés para los problemas de independencia, el antiimperialismo, la identidad, los nacionalismos y la incidencia especial de las revoluciones de Cuba, Chile y Nicaragua, en términos generales, por lo que sorprende un poco que en este panorama, repito, generalizado, se dedique aisladamente un artículo extenso, pormenorizado y exclusivo a Uruguay. No es que Uruguay, por supuesto, no se merezca eso y mucho más, sino que la propuesta es toda la América del centro y el sur.

En resumen, la importancia de esta gran obra es tener a la vista, controlados, depurados, en síntesis y al día, sin necesidad de volverse locos en medio de mamotretos bibliográficos quizás ilocalizables o imposibles de asumir, los saberes especializados que representan el bagaje cultural del hombre contemporáneo.

Eduardo Tijeras

## Algunas notas sobre el formalismo ruso

La expansión de las nuevas direcciones y tendencias del pensamiento científico y metodológico debía llegar a influir inexorablemente en la labor crítica de la filología y los estudios literarios de principios de este siglo.

En un lúcido ensayo,<sup>1</sup> Jakobson establecía tempranamente los imprescindibles des-

<sup>1</sup> «Die Folklore als eine besondere Form des Schaffens», Donum Natalicium Schrijnen (Nimega-Utrecht, 1929). Escrito en colaboración con Petr Bogatyrev. Citamos de la primera edición en español «El folklore como forma específica de creación», en Roman Jakobson, Ensayos de poética (Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977), pp. 7 y ss.